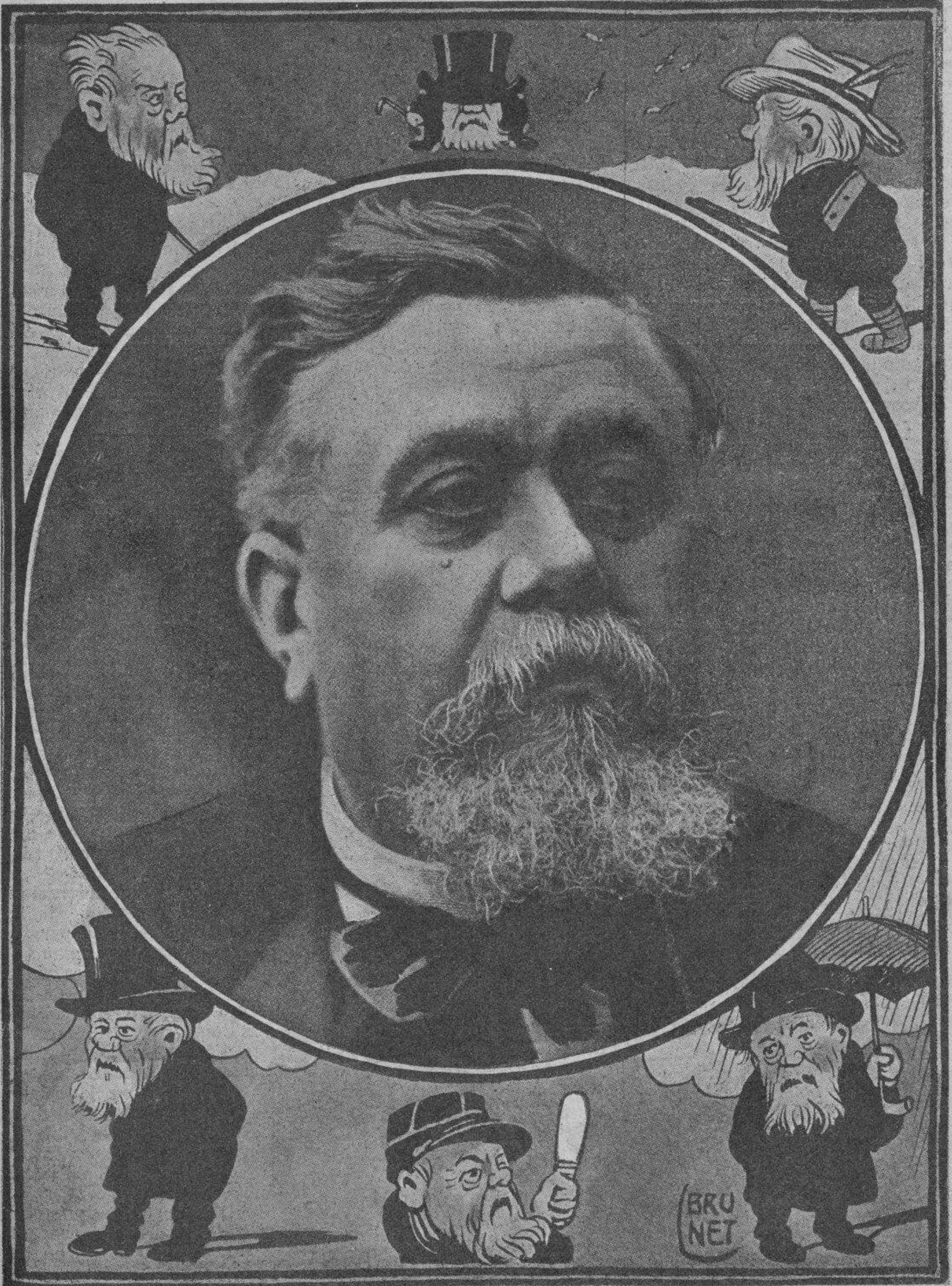


SUPLEMENTO ILUSTRADO



Armando Fallières'

NUEVO PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA

Los hijos de Fraternidad

Lugar de la escena: Salon de conferencias del Ayuntamiento.

Personajes: Varios concejales republicanos del *trust*, cuyos nombres irá conociendo el lector.

La accion ocurre al anochecer de un dia laborable. Los concejales se agrupan alrededor de Valentí Camp, que acaba de sostener una discusion acalorada con el edil *perdigot* y socialista señor Fuster.

Los concejales: Cálmesese, Valentí, cálmese...

Valentí: No pueden ustedes imaginarse lo que molesta discutir con ciertas gentes (haciendo el más característico de sus gestos de desprecio). Verdaderamente para ser concejal no precisa haberse quemado mucho las pestañas...

Borrell y Sol: Habla usted con demasiado desprecio de los concejales... De mí puedo decirle que me cuesta muchas horas el estudio de la ley municipal.

Pinilla (mirando expresivamente á Valentí): Ya lo sabemos, amigo Borrell; por esto os hemos otorgado la Sindicatura, que es cargo que viste mucho..

Jimenez (riéndose): ¡Ji, ji, ji! ..

Borrell (algo indignado): En vez de reir como un mamarracho, más valdría que estudiases Geografía para no decir despues en sesión que España no pertenece á Europa.

Valentí (con gesto de hombre superior): Razon le sobra; pero más conscientemente antes que Jimenez lo dijeron Fichte, Rousseau, Nietzsche y mi compañero Ramiro de Maeztu.

Marsá: ¡Bien, Valentí, bien! ¡La *verdad* es que sabe usted unas cosas, camará!...

Valentí (algo escamado): ¿Lo dice en guasa?

Marsá: ¡Calle usted! ¿Iba yo á permitirme *chunga* con el amigo don Valentin Camp?

Magriñá (el de la Barceloneta, levantando la voz para distraer la atencion de los que discuten): Bueno, señores; ¡aquí viene el *quefe!* (saludando

á Giner de los Ríos, que acaba de entrar en el salon). ¿Qué tal, don Hermenegildo?

Giner: Bien, señores, bien; ¿y qué se murmura?

Pinilla: Estábamos hablando de la *muy ilustre* Comision de Consumos

Bastardas: ¿La *muy* que?..

Layret: Pues la recaudacion debe aumentar, porque á mí me han dicho que Nel-lo es persona competente en eso del contrabando..

Valentí: ¿Qué?...

Layret: En perseguirlo, en perseguirlo, se entiende.

Varios: ¡Ah! ¡Ah!

(En este momento pasa Badía departiendo con el otro Magriñá, y se detiene un momento junto al grupo de maldicientes.)

Valentí (en voz muy baja): Badía y Magriñá... ¿Dónde estará Jesucristo? (En aquel momento entra Leon Perez, quien va á reunirse con los de Consumos.)

Pinilla (con malicia, al oído de Valentí): Ya tenemos el Gólgota completo

Valentí (saludando á los recién llegados): ¡Hola, eximios!

Moré: ¿Cómo marchan esos Consumos?

Badía: ¡Vamos haciendo! ¡Vamos haciendo! Con permiso de ustedes... (Retrase seguido de sus compañeros de Comision)

Pinilla: Tú, Valentí, desabróchate la americana, que te la hizo el sastre muy ceñida ..

Borrell (como siempre, en Babia): El mismo defecto de este chaquet á cuadros que me han hecho en Madrid ..

Giner: Haberle dicho al sastre que usted era síndico.

Borrell (mal humorado): Me voy á Secretaría á examinar las cuentas de los gastos menores .. (Se retira.)

Palau (que estaba en un rincon, se acerca al grupo, y con el tono misterioso que siempre usa dice al oído de Giner): ¿Cree usted, don Hermenegildo, que es tolerable que ese hombre (alude á Borrell) tenga más categoría que yo?

Valentí: Verdaderamente debería haber dos Sindicaturas iguales, una para Borrell y otra para Palau. (Todos se ríen y Giner, seguido de Marsá, Palau, Layret y algun otro, abandona el salon.)

Pinilla (dirigiéndose á Jimenez y Valentí, que permanecen á su lado): ¿No les parece que al pobre don Hermenegildo la jefatura le viene algo ancha?

Valentí: ¿Quién lo duda? ¡Cosas del emperador!

Jimenez: Pues yo lo tolero todo menos la presencia de ese niño gótico de Marsá. Pero ese chiquillo ¿de dónde ha salido?

Valentí: ¿Quién es capaz de saber dónde se engen-

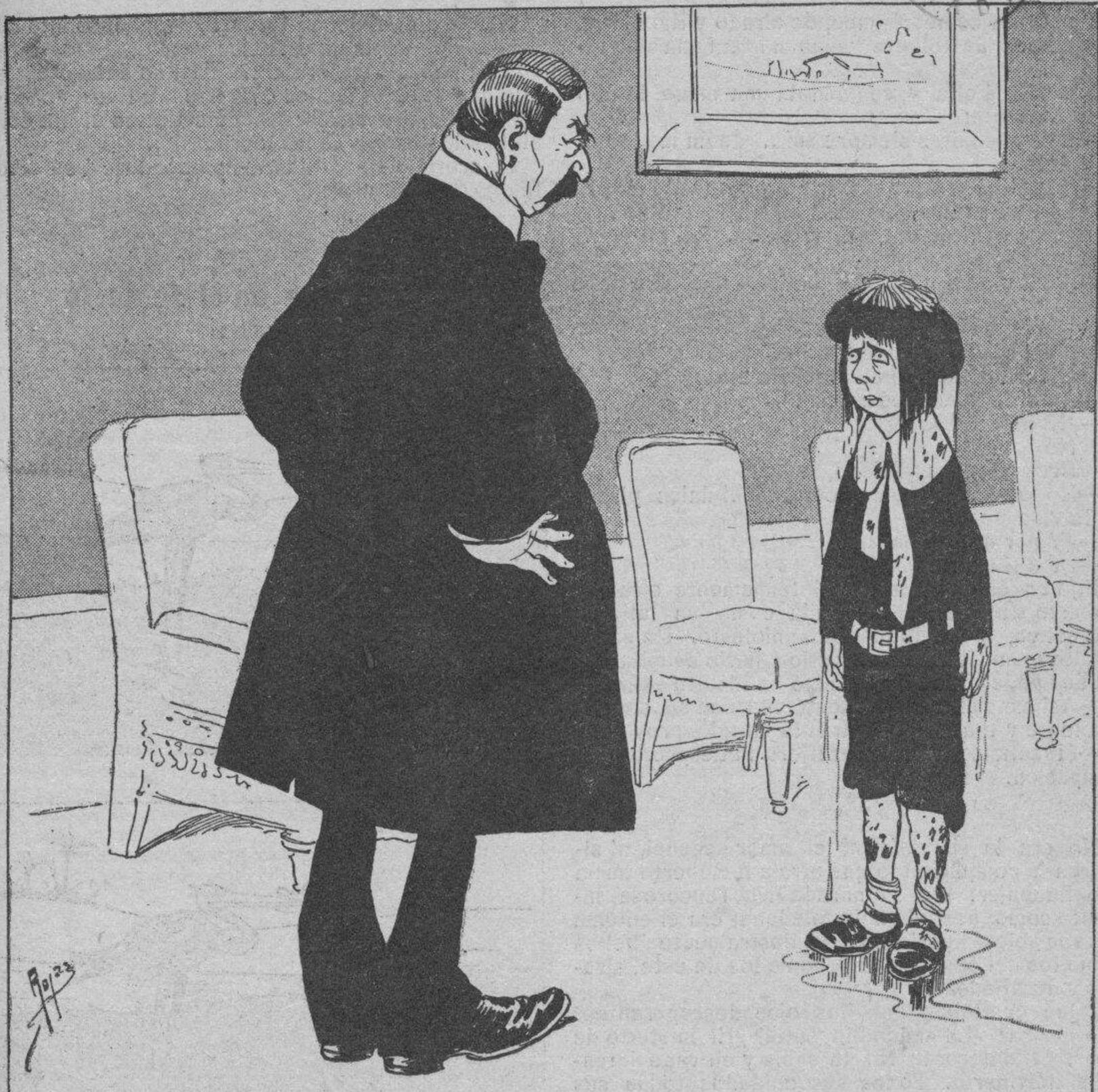
La verborrea en el Ayuntamiento



De hablar nunca acabarán, pero lo que hay que saber es lo que al fin han de hacer y si de algo servirán.



No más barro



—Dí, granuja ¿de dónde vienes de esa manera?

—He estado viendo a los bomberos limpiar las Ramblas con las mangas. ¡Si viera usted el cuidado con que lo hacen y lo limpio que queda todo...!

dran las calamidades? ¿Sabe alguien los orígenes de la sarna? ¿Se sabe acaso de dónde vino Palau?

Jimenez: Me voy al Casino, que me estará esperando un sujeto que me ha de contar una serie de hazañas de algunos *queridos* compañeros de Consistorio.

Valentí: ¡Que se sepan!

Jimenez: ¡Se sabrán, se sabrán! (Se retira.)

Valentí (después de breve pausa): ¿Has visto qué mala lengua nos ha salido ese Jimenez?...

Pinilla: Es hombre de cuidado. Bueno, Valentí, te dejo. Adios.

Valentí (al quedarse solo da una vuelta por el salon y murmura): Bien hizo Zulueta en no tomar posesion; ¡qué gentuza esa, qué gentuza!... (Se sienta en un sillón y sigue murmurando.)

Pinilla (á un amigo que encuentra en la escalera): Me voy. Allí, en el salon de conferencias, he dejado á Valentí Camp con el repertorio agotado. En este momento debe estar hablando mal de su padre...

Visto y oído,
TRIBOULET.



SUS OJOS

Aquellos ojos negrísimos, de airado y fijo mirar, inquietaban á Roberto como un enigma misterioso.

Acercóse á ella y, cogiéndola una mano, le dijo cariñosamente:

—¿Por qué miras siempre así... de un modo tan extraño?

—No sé. Miro del único modo que puedo mirar.

—Es que en tus ojos hay algo indefinible que hiere y mortifica: enfado, frialdad, indiferencia, rencor, odio...

¡Odio! .---repitió ella bajito.---Sí, odio debe ser.

—¿Y qué es lo que tú odias?

—¡Qué sé yo! .. Todo.

—¿Estás segura de ello? ¿Nada amas?

—Amar .. No sé qué es eso.

—¿Ni anhelas saberlo?

—No

—Eres bien desgraciada, Luisa.

—No lo creas. Para mí odiar es el único placer de la vida

—¿Y por qué odias?

—¿Y á tí qué te importa?

Fijó en él sus ojos más intensamente airados. Roberto sintió aquella mirada como un latigazo magnético, y desvió los ojos molesto. Un sentimiento momentáneo de aversión hacia aquella mujer se apoderó de él y le lanzó un insulto soez.

—Así me gusta---le contestó ella con su sonrisa insolente y fi a siempre en él la mirada provocativa--- Insúltame, ódame; prefiero tu desprecio á tu compasion.

* * *

No era la simpatía, ni el amor sensual, ni siquiera la compasion lo que atraía á Roberto hacia aquella mujer: era su mirada fría, rencorosa, hiriente como acerada hoja toledana; era el enigma de sus ojos negrísimos, siniestramente bellos como los del ángel caído y, como los de éste, airados y desafiadores.

¿Qué ocultaban aquellos ojos desesperantes? ¿La locura? ¿La maldad ingénita? ¿El misterio de una vida dolorosa? No lo sabía y en vano intentaba adivinarlo. To los sus cuidados, todas sus atenciones, todos sus cariños, al principio fingidos, mas luego sinceros, no podían vencer aquella mirada implacable.

Andando el tiempo logró saber, aunque solo á medias, la historia de Luisa, y pudo explicarse el por qué de su mirada rencorosa. Era una desgraciada, hija del maridaje innoble de la miseria y el vicio, que solo había conocido de la vida el dolor propio y el desprecio ajeno. Sus primeros tiranos fueron sus mismos padres, habiendo sido su niñez un penoso calvario, en el que dejó pedazos de alma, los más preciados, porque eran los que contenían en germen afectos, ternuras, bondad, amor. Despues, ya mujer, solo había conocido de la sociedad desprecios, insultos y anatemas, y ella se vengaba poniendo en su mirada todo el odio inmenso que en el pecho acumulara durante su vida miserable.

Y Roberto, corazon noble, al comprender toda la indómata rebeidia que encerraban aquellos ojos negrísimos, llegó á amarlos con pasion; solo que hubiera deseado que para él, para él únicamente, pudieran adquirir la dulzura de los ojos amorosos.

* * *

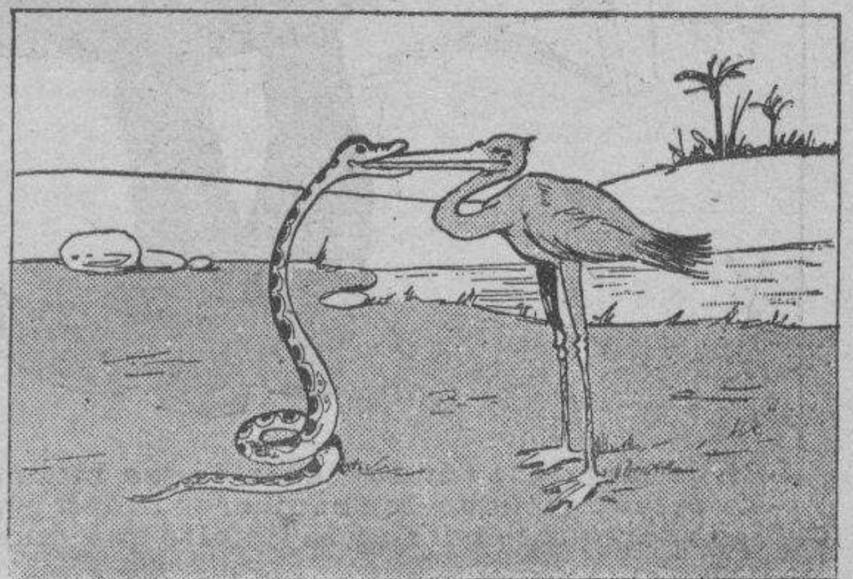
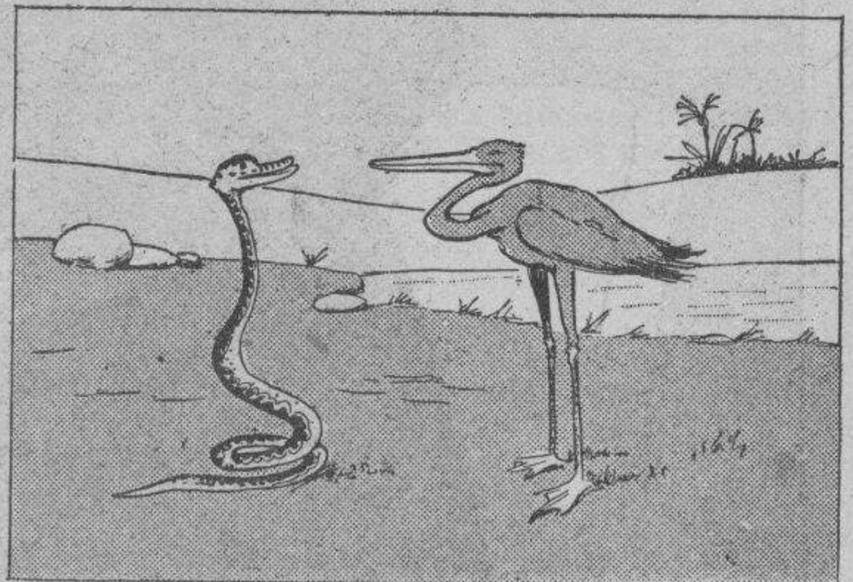
Cierto día, al entrar Roberto en el aposento de Luisa, vió á ésta de espaldas, ocultando los ojos con un pañuelo ¡Lloraba!.. Casi no daba crédito á lo que veía. Aquellos ojos fríos, altivos, rencorosos, siempre secos, ¿se humedecían al fin con el líquido amargo de las lágrimas?...

Se acercó de puntillas, é inclinándose á su oído le dijo con dulzura:

—¿Por qué lloras?

La caricatura en el desierto

por TUR



Con vivo movimiento levantó Luisa la cabeza y Roberto vió, conmovido, que aquellos ojos hermosos, por las lágrimas velados, le dirigían una mirada dulce, suplicante y amorosa.
Era la primera vez que le miraba así.

—¿Por qué lloras? — repitió Roberto.
—Lloro... porque al fin puedo amar.
Roberto comprendió, é inclinándose aún más la besó en los ojos, murmurando:
—Amor de madre... ¡bendito amor, que redime!

ADRIAN DEL VALLE.

FIAT - LIMPIEZA

I.

En una de las últimas sesiones celebrada, entre aplausos y ovaciones, por nuestro Ayuntamiento en no sé cuál de todos sus salones, aunque creo debió ser en el Ciento, los flamantes ediles, sintiendo comezon y ansias de gloria, subieron impacientes y febriles á la fuente de la declamatoria.

Y, ya sobre la madre del Danubio, le dieron vuelta al grifo de la idea... ¡y aquello fué el diluvio, el gran diluvio de la verborrea! ¡Estuvieron divinos, colosales, los nuevos concejales! ¡Qué derroche de gracia y elocuencia y de soberbia inspiracion qué alarde! ¡Difícilmente olvidará la ciencia la sesion concejil de aquella tarde!

II.

Enmudezca Aristóteles profundo á la voz de los nuevos Cicerones y oiga asombrado el mundo á nuestros campeones:
—¡No podemos vivir en este ambiente!—
enérgico y valiente clamaba un concejal con voz de trueno.
—¡Este es un pueblo guarro!

—¡Mirad las calles cómo están de cieno!
—¡Mirad mis botas cómo están de barro!
—¡Es preciso acabar con tanto miasma, mortifero fantasma que ataca á la salud y la estropea!
—¡Hay que empuñar la tea...! — dice uno de la Union.
Y otro edil le interrumpe: ¡So guason! Déjese ya su señoría de cobas, pues lo que hay que empuñar son las escobas.
—¿Es alusion? pregunta algo amoscado el señor concejal interrumpido.

El presidente: Dé por retirado el término ó escoba que le ha herido y queda el incidente terminado.
—¡A barrer, á fregar! claman furiosos — La basura es nociva y es impura, y, puesto que queremos ser curiosos, declaremos la guerra á la basura.

Dios dijo en un arranque soberano que viniera la luz, y la luz vino. ¿Y no conseguirá el esfuerzo humano lo que alcanzó el divino?
¡Entonemos el Fiat, entonemos el Resurrexit á la escoba hermosa y, si es preciso, alcemos dos monumentos al jabon de sosa! La ciudad, la que sufre, la que paga, lo pide con justicia y entereza.
Diga el alcalde: *La limpieza se haga...* ¡y se hará la limpieza!

J PASTOR RUBIERA.

FANTASÍA NOCTURNA

Apretados el uno contra el otro, dormían en el quicio de la puerta de una iglesia.

La noche era fría y caía la nieve lentamente, agrupándose en ramos caprichosos sobre los árboles, cubriendo el lodo de la tierra con un manto blanco y pintando con manchas, que se deshacían en breve, el capote de los vigilantes nocturnos.

Los golfos (eran dos) dormían

De vez en cuando un estremecimiento recorría sus miembros; en su sueño suspiraban.

Los árboles tambien dormían, pero sin sentir el frío.

Más piadosa la Naturaleza con ellos que con el hombre, hacía que su savia se detuviera y que su sensibilidad se amortiguara hasta que los despertara el caliginoso himno de amor de la primavera.

Los árboles viven mientras aman. Se cubren de hojas para proteger la flor, y la flor se viste de hermosos y perfumados pétalos para servir de templo al beso que los estambres dan á los pistilos y que estalla en una lluvia de polen que viene á ser una materializacion del fiat divino

El hombre, en cambio, vive del odio. Sufriendo el de los demás y haciendo sentir el suyo.

Es mil veces más feliz que él esa mariposilla, la ephéméra, que nace para cantar un himno de

amor, y morir: el macho en cuanto ha fecundado, la hembra apenas ha depositado los huevecillos producto de sus amores.

Nacer, ofrecer un tributo á la Naturaleza creadora y morir...

¡Si pudiera hacerlo el hombre!

El sueño de los niños fué interrumpido brusca- mente.

Un vigilante les había visto y con lacayuna rudeza les obligó á marchar de allí.

¡Pobres soldados á quienes no se permitía un momento de reposo despues de la batalla!

Se levantaron, huyeron á buscar otro rincon, á esperar que un beso del sol del dia siguiente llevara un efluvio de vida á sus ateridos miembros.

¡Caramba! dijo el uno . ¿Dónde iremos ahora?

El otro se encogió de hombros.

—Al hotel Colon, si te parece—contestó.

—¡Es una idea! Si no al hotel, por lo menos iremos á buscar abrigo al pie de la estatua.

—Abrigo.. ¡Valiente abrigo nos daría Colon! Ya encontraremos donde echarnos.

Y caminaban al azar, sacudiendo la nieve que

caía sobre ellos y que se deshacía, penetrando por los harapos que los cubría y convirtiéndose en hilillos de agua que corrían por su piel, quemándola como un cáustico.

—Y gracias que esta noche hemos cenado, *Jordi*—dijo el uno

—Sí, tú has tenido suerte—contestó el otro.

—No tanto; pero, en fin, entre vender periódicos y dar betun ha caído una *pela*. Si no es por eso...

¡Pobres luchadores, trabajando y sufriendo el hambre y el frío al pisar los umbrales de las puertas de la vida! ¡Pobre humanidad, que tiene hijos que ni aun los puros goces de la infancia conocen, y predica religiones y discute teorías filosóficas y habla de redención y de progreso!

Trotando de calle en calle y rendidos por el sueño, vieron con inexplicable placer llegar el día y abrirse las puertas de una iglesia.

Como brazos amecrosos que los llamaban á reposar, vieron girar aquellas puertas y se precipitaron en el templo.

¡Qué abrigado estaba aquello! ¡Qué bien habrían pasado allí la noche, si les hubieran dejado dormir sobre un banco, en la alfombra colocada al pie de los altares, en el suelo, en cualquier rincón! Pero, no, ni entonces los dejaron tampoco.

Un sacristan de modales groseros y voz de hiena vino á arrojarlos, haciéndoles comprender que el templo no es un asilo de miserables, ni un refugio de mendigos.

Y ya en pleno día, á reanudar el trabajo, con el cuerpo destrozado y el alma dolorida.

A esperar la nueva noche, que vendría á hacerles comprender que habrían ganado mucho con no haber nacido.

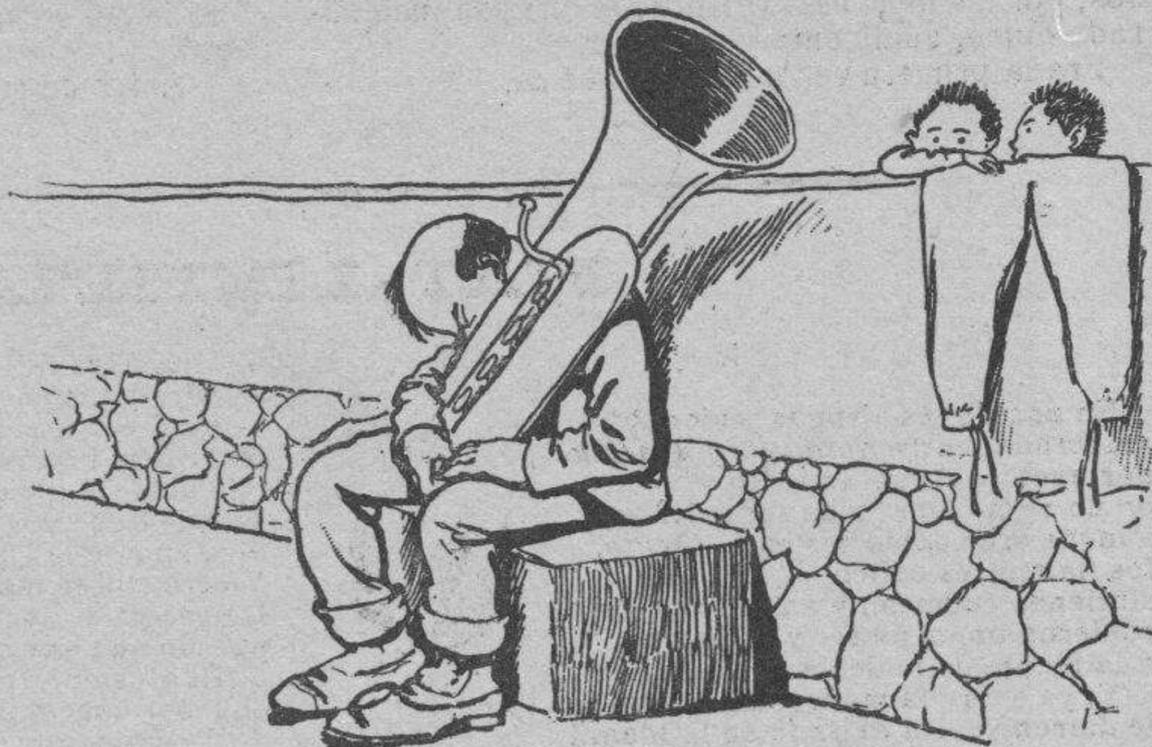
—¡Qué bien estaríamos si fuéramos caballos!—exclamó el uno.

—¡Qué gentes!—dijo el otro—. ¿Viste aquellos santos que había en la iglesia? Son de madera, y, sin embargo, los visten y los adornan como si fueran personas, los instalan en habitaciones elegantes, hacen música en su honor, los iluminan con lujosa profusión, los perfuman, ¡y son de palo!

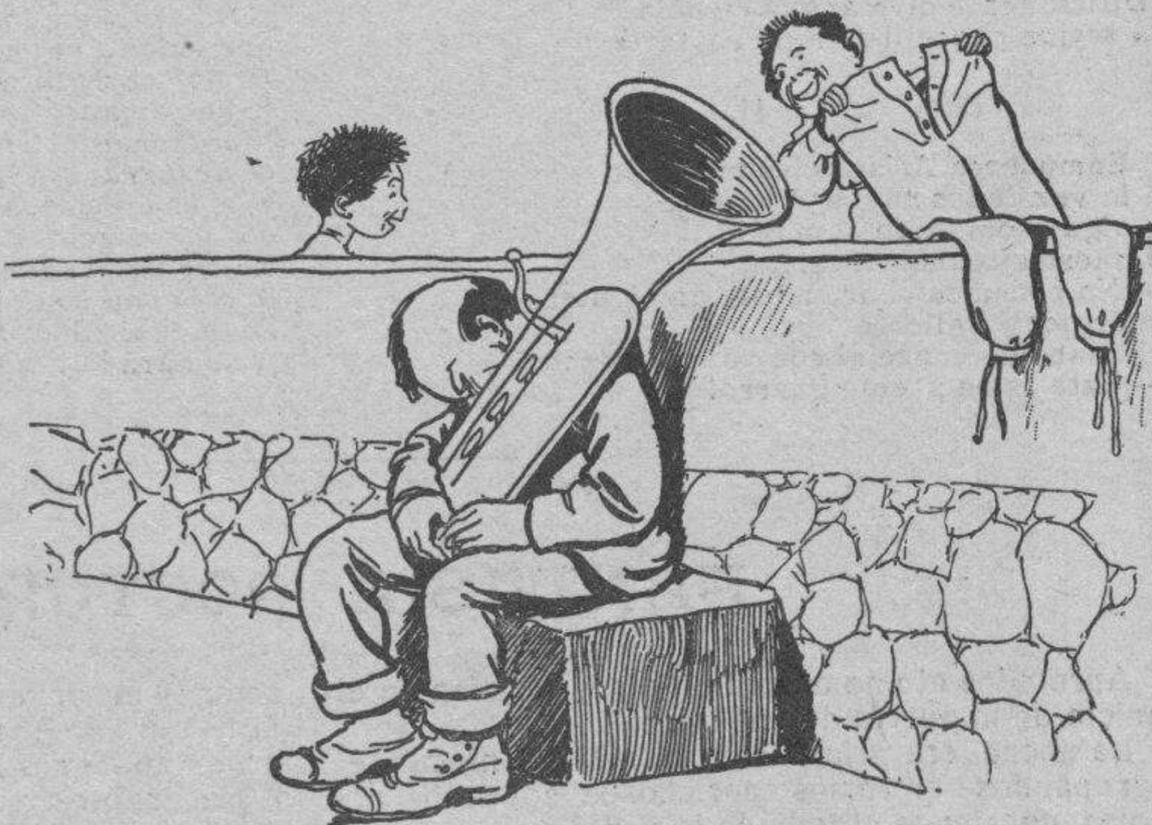
—En cambio contestó el otro, pateando para entrar en calor—, en cambio á nosotros, que seríamos felices solo con que nos permitieran descansar por la noche en el rincón donde menos pudié-

La trompa de Eustaquio

(HISTORIETA MUDA)



1



2

ramos molestar, nos arrojan á puntapiés . ¡Malditos sean!

Y ambos, pensativos, fueron á recoger los chismes de betuneros para prolongar su vida miserable y triste.

—Pienso ..—dijo uno al separarse de su compañero.

Pero corría de tal manera que sus últimas palabras no fueron oídas.

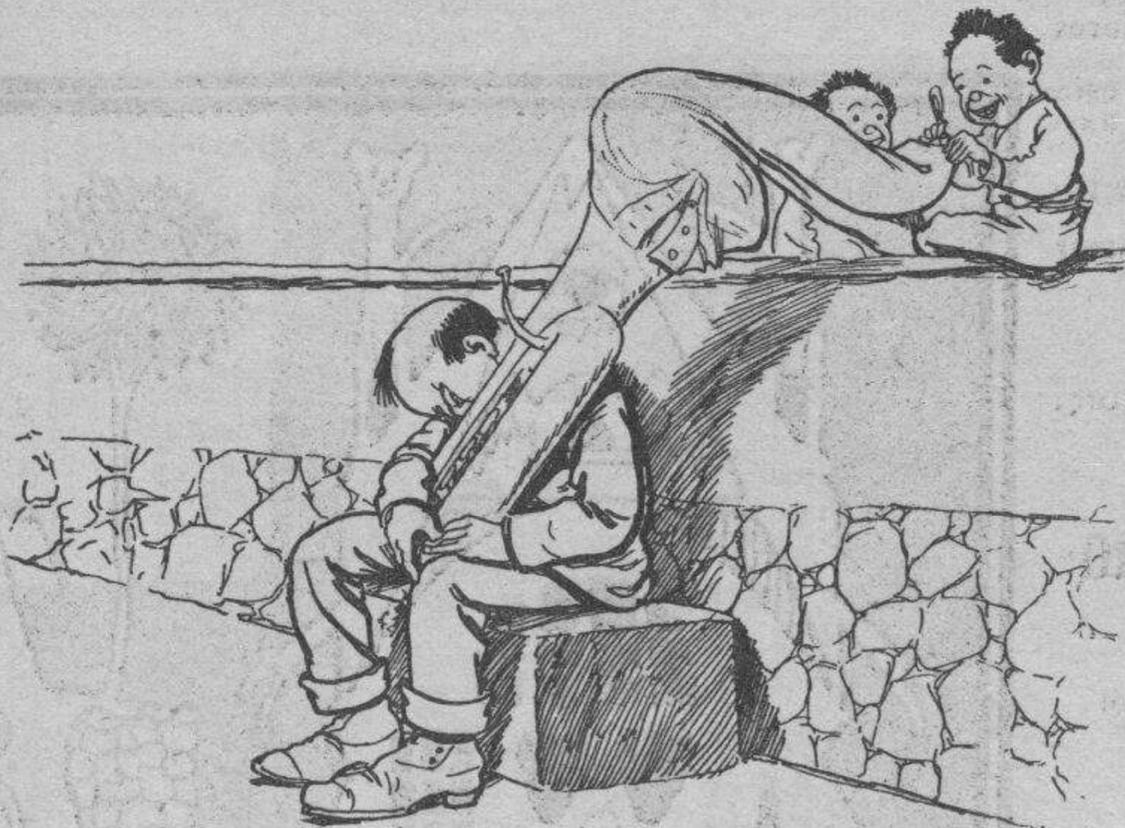
¡Quién sabe lo que pensaría aquel miserable!

J. AMBROSIO PEREZ.

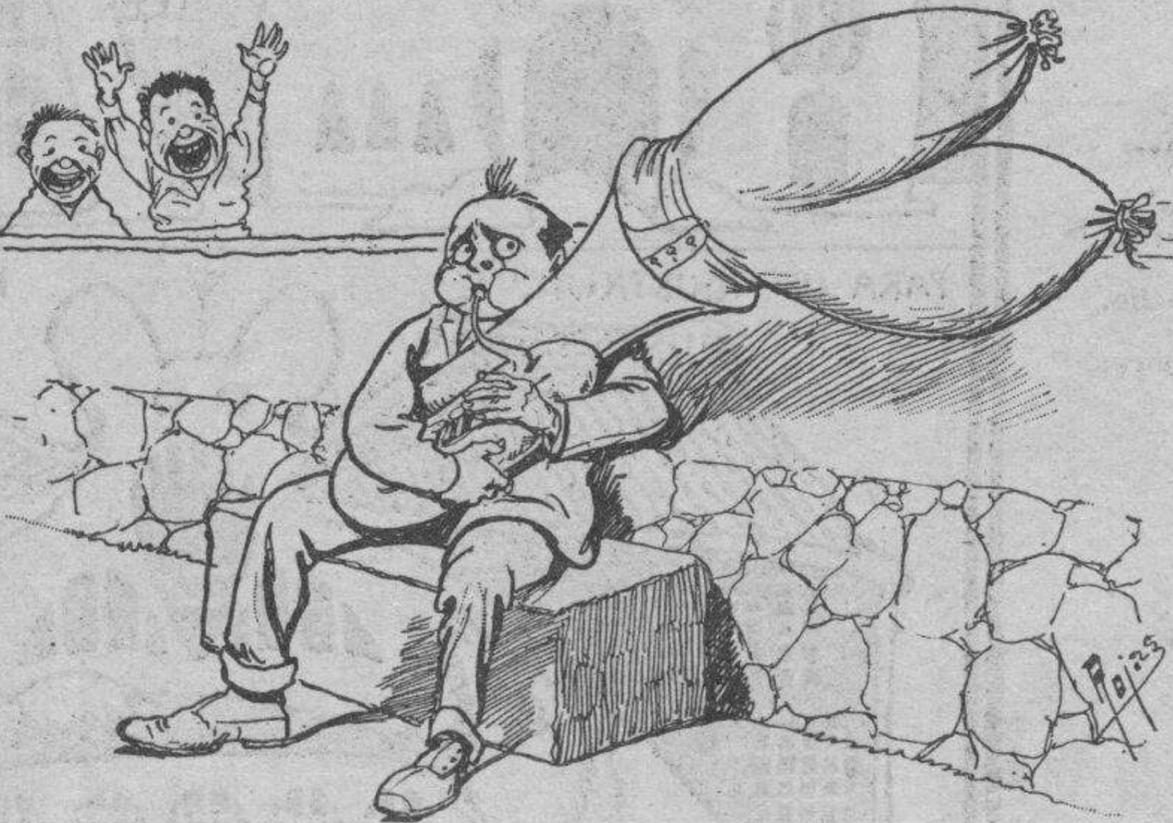


La trompa de Eustaquilo

(HISTORIETA MUDA)



3



4

—Bien se ve, padre, que medita usted profundamente sobre la horrible traicion de Judas.

Y el jesuita le contestó:

—No lo creas, hijo; estaba pensando en lo muy bien que le vendría al apóstol aquel dinero.

Quando un obispo cae enfermo, sus pajes, capellanes y servidumbre, como el pan que comen depende de la vida de aquel señor, pierden el tino y no saben á qué santo acudir para que le otorgue la salud, y todo el palacio episcopal anda revuelto de arriba á abajo. He contemplado varias veces estas escenas, y á los obispos enfermos les he visto agarrarse con furia á la vida que se escapaba, lo mismo exactamente que el más empedernido pecador que solo en la tierra cifra sus anhelos. Nada de ansias por volar al cielo, ni por ver á Jesús, ni por librarse de las asechanzas del mundo con una muerte cristiana, digno remate de una vida apostólica; la cuestion era vivir, y vivir lo mejor posible.

En cierta ocasion vi y escuché lo siguiente:

El obispo de X... estaba enfermo y de gravedad; era muy viejo y los médicos le daban por cosa perdida. Al pie del lecho hacía que lloraba el secretario de cámara; y los pajes, el deán, el provisor y dos canónigos leían en un libro de oraciones impetrando gracias para el moribundo.

“Señor, líbrale del enemigo,”—decían.

“Señor, colócale en tu diestra.”

“Señor, sana su alma.”

“Señor, dale el galardón de tus apóstoles.”

El obispo hizo seña con la mano que callaran, y dijo con voz débil:

—Pedís demasiadas cosas de una vez, rogad solamente por la salud de mi cuerpo.

Si no me salgo de allí, reventio de risa.

Mística parda

El dinero de Judas.—Oracion por el obispo.
El fraile miope

Fray Juan de Santa Teresa era uno de los predicadores más conspicuos que tenía la orden carmelitana. Un dia, en cierto sermón elocuentísimo, execraba la traicion de Judas y tuvo pensamientos atrevidos y elevados, frases conmovedoras, pues no solo fustigó al venal apóstol, sino á toda su descendencia, es decir, á los que venden á Jesús y á su religion por un puñado de monedas.

El auditorio estaba arrobado y pendiente de aquella oratoria sonora y cadenciosa, y al pie del púlpito se hallaba un padre jesuita, pensativo y caviloso, siguiendo con interés sumo el desarrollo del discurso. Terminado éste, un devoto que estaba al lado del jesuita le dijo:

Un fraile misionero tuvo que hospedarse en cierta ocasion en casa del párroco de un pueblo. Sabía el cura que el fraile era buen comedor, y quiso jugarle una treta. A la hora de la comida el cura se sirvió un gran plato y al fraile le puso una tajada de carne sumamente pequeña.

El fraile se inclinó sobre su racion y hacía como que buscaba algo.

—¿Qué busca usted, padre?

—¡Oh, nada! Soy tan corto de vista que apenas veo la racion de carne que me ha puesto usted.

A la hora de la cena el cura sirvió al fraile un ancho trozo de jamon delgado como una oblea.

—¿Qué tal va esa vista?—le preguntó el clérigo con sorna.

—¡Ah, señor!—exclamó el fraile—. Desde que estoy en esta casa voy mejorando tanto, que ahora mismo estoy viendo el plato á través de la tajada.

BARCELONA NUEVA

Dos devotas salen de San Jaime encomiando las excelencias de un sermón predicado por cierto franciscano.

—¡Hija, qué bien habla ese hombre!
—En mi vida he oído cosas mejores sobre la caridad.

Tienes razón; después de oír esto dan ganas de repartir á los pobres hasta la camisa que una lleva.

Un chiquillo lleno de harapos se pone delante de ellas y dice:

—¡Señoritas, una limosna por amor de Dios!

Las dos á un tiempo:

—¡Aparta, granuja!

FRAY GERUNDIC.

El «Raja» y el «Colorao»

— Adios, *Raja!*

— ¡*Colorao!*

¡Gracias á Dios que te encuentro!
—¿Pus qué te pasa?

— ¡El delirio!

— ¿Has regañao con la *Pelos?*

— A medias.

— Pus habla, hombre; ya sabes que yo te aprecio y tó lo que á tí te ocurre me afeza.

— Pus mi deseo era encontrarte así, á solas, pá que tú, que tiés cerebro, después de escuchar mis penas, me dieras algun consejo.

— Habla ya. Pero ¿estás lívido?

— ¡Sies que tengo encima el vértigo dende que esa mala... perra me ha hecho lo que me ha hecho.

— ¿Tan grave es?

— Vamos, hombre;

con el genio que yo tengo... yo no sé cómo á estas horas no he salido en *Los Sucesos*. Figúrate que ayer tarde iba fuerte de chaleco, y como por esa golfa estóy bebiendo los vientos, díe entre mí: Nada *Raja*, hoy vas á hacerle un obsequio á tu gachí...

— ¿Y le compraste?...

— Un pito de á real y medio

— ¡Gachó! ¡Te arruinarías!

¡Vaya un regalo soberbio!

— Pero si es que por los pitos se desvive la muy... *Pelos*.

Pus bien; iba yo pá casa con el pito, tan contento.

Subo la escalera aprisa,

deseando ver el efezto.

Voy á llamar y oigo dentro

la voz de un hombre. ¡Calcula

tú mi sorpresa y mil...

— ¡Cuerno!

— Eso fué lo que yo dije.

Iba á echar la puerta al suelo,

pero me contuve. Aquí,

pensé, hay que tener criterio.

— ¿Y el pito?

— Pus en la mano.

— *Prosigüe.*

A todo esto

apliqué el oído al ojo

de la cerradura, atento

escuchando, á ver en qué

acabaría tó aquello,

y oí como el muy... lechon

le decía así á la *Pelos*:



EDIFICIO PÚBLICO MUNICIPAL

PARA UN FABRICANTE

PARA UN POLITICO

Proyectos de edificios modernistas que construirán aquí varios artistas.

—Ya sabes que te se aprecia,
y si accedes á mi ruego
puedes contar desde ahora
con toa la leche que tengo
en la vaqueria, reina.”
— ¡Ya es leche!

— ¡Pus ya lo creo!

— ¡Bueno; y tú ¿qué hiciste enton-

—Me quedé como un becerro [ces?
cuando le ponen por manso
las banderillas de fuego:
¡dando brincos de coraje!
Calculáte tú en mi puesto.
— Mal calculao.

—Es un decir.

Mira, cojo el instrumento,
el pito, y, ciego de ira,
por estas, iba á romperlo.
Pero me sereno un poco
y pensé: Vamos adentro.
Llamo á la puerta, abre ella
y me dice: “—Te presento
á don Felipe Gonzalez
y Reyes, el caballero
más magnánimo y más noble
que hay en todo el Universo.
—¿Felipe?... Pus no me suena.
— ¡Sí, hombre! ¡Felipe el vaquero!
— ¡Ah, sí, el que tiene la tienda
en la calle de Tudescos!
—Uno que tiene un lunar.
—Ya sé quién dices.”

— Pus bueno,

yo estaba más cabreado

que un choto; estaba ciego.

—Pero ¿qué le contestaste?

— Me alegro de verle bueno;

pero ¡con un retintín!...

Entonces él, muy atento,

me da la mano y me dice:

“—Desde ahora le considero
como un amigo.”

— ¡Pá el gato!

—Eso pensé yo al momento.

Por fin que me dió la mano,

me la aprieta, se la aprieta...

—¿Pero no se la besaste?

—*Colorao*, ¿es pitorreo?

No; guasa. Yo, en tu lugar,

¿sabes lo que hubiera hecho?

— ¿Mascarle el hígado?

—Más.

Meterle en el entrecejo,

á ambos á dos, una onza

de plomo; eso lo menos.

—Y yo ¿por qué no lo hice?

Porque conozco mi genio...

—Al grano.

— Pus que se fué

mi hombre. Cojo á la *Pelos*

y la dije: ¡Oye, tú,

que no me trago el camelo!

— ¿Y qué te contestó?

—Dijo

que había llamao al vaquero

porque la *Petra*...

— ¿Qué *Petra*?

—Hombre, *Petra*, la *Pendejo*.

La del *Tiras*

— ¡Ah! ya caigo.

—Dice que hace un mes y medio

tuvo un crío, y le ha salío

un zaratan en el pecho

y no lo puedé criar.

Y como ese tío es tan bueno

le hemos llamao pá que dé

la leche pá el rorro. — *Pelos*,

repetí, —no me la trago.

Y por esta accion... ¿Ves esto? —

dije enseñándole el pito.



¡Gracias á don Guillermo, será un hecho la limpieza de Barcelona!

Lo había compraó en tu obsequio;
pero ahora vas á quedarte
sin *Raja* y sin instrumento.
Hice pedazos el pito
y...

— ¡Vaya un golpe de efecto!

— Yo sé que ella ha de sentirlo.

— ¡Ya lo creo! No es para menos.

— Pero he recapacitao

y estoy si vuelvo ó no vuelvo

á regalarle otro pito.

Porque, créeme, á la *Pelos*

le he dao un disgusto mú grande

con romperle el instrumento.

¿Qué me aconsejas?

Miá, *Raja*:

Ya sabes que yo te aprecio,
y que te distingo mucho,
que tengo limpio el espejo,
vulgo el vidrio, ó la pupila;
por lo tanto, te aconsejo
que te dejes ya de pitos,
de instrumentos y de *Pelos*.

— Oye: ¿y te parece bien

que le regale otro objeto?

— No hace falta, no seas primo.

— Pero ¿por qué?

— Porque creo
que es fácil que con la leche
le dé algun pito el vaquero.

JOAQUIN ARNAL.



EL BESO

—Sí, hermana, á mi pobre hijo le ha ocurrido esto por una mujer. Desde que la ha conocido se ha transformado; su carácter de tranquilo y cariñoso que era, se ha vuelto taciturno y áspero; inventaba historias para no entregarme el sábado el importe del trabajo de la semana... Algunas veces tenía que esperarle hasta las dos de la mañana, y cuando le creía dormido entraba en su habitación con mucho cuidado para que no se apercibiese de que lo espiaba, y le oía sollozar entre sueños. Creí que tendría disgustos en el taller y fuí á interrogar al dueño, que me contestó:

—No, no ha tenido ningun disgusto; pero tambien aquí hemos advertido que vive desarreglado y que no atiende como antes á su trabajo; debe de andar con malas compañías.

Teniendo cuidado de que no lo sospechara, le he seguido por todas partes y he sabido que tenía relaciones con una de esas mujeres que por las noches recorren las calles en busca de hombres. Si hubiera sido una obrera como él, á pesar de que mi edad me hace necesitar su ayuda, los habría casado; pero con esa ¡no! He ido á hablar con ella, y le dije lo que deseaba; con las palabras más soeces me arrojó de su casa, diciéndome:

—¿Que te quito á tu hijo? Tú verás cómo me doy prisa para devolvértelo.

Al día siguiente me lo traían en una camilla, herido de un balazo en el pecho. He comprendido que se había disgustado con ella, y cuando se ha visto rechazado, sin acordarse de mí, ha atentado contra su vida.

La hermana oía en silencio, de pie, al lado del lecho; el enfermo, presa de la fiebre, respiraba trabajosamente; la anciana continuó:

—¿Y qué ha dicho el médico? ¿Hay esperanzas de salvarle?

—Está muy grave; pero no hay que desesperar. Es joven y la juventud es un gran auxiliar; pero convenría que os retirarais; podría emocionarse al veros, si despierta. Si quereis venid todos los días á verlo y estad tranquila, que estará bien cuidado.

Llorando lo más silenciosamente que podía, la pobre anciana salió, volviendo la cabeza repetidas veces hacia el lecho que ocupaba su hijo.

La hermana se sentó á la cabecera del enfermo.

Era joven, en su mirada brillante se reflejaba la inocencia de la niñez; su boca no tenía la expresion del continuo balbuceo de plegarias, su rostro era candoroso y dulce, algun mechon de cabellos rubios que caía sobre su frente, rompiendo la prision de la cofia, parecía un adorno de finísimos hilos de oro; su voz tenía inflexiones consoladoras y se decía que una contrariedad amorosa la había llevado al convento.

Los enfermos estaban ale-

targados por la fiebre; era la media noche y el joven recobró el conocimiento. La hermana no se había separado de su lado. El quiso hablar y dijo tímidamente:

—Hermana...

Y cuando ésta, inclinándose sobre él, preguntó:

—¿Qué deseais, pobrecito?

Contestó, arrepentido de lo que iba á decir:

—Nada... nada.

A la mañana siguiente le devoraba la impaciencia y no pudo contener la pregunta, que de su corazón subía á sus labios:

—Decidme, hermana, ¿nadie ha venido á preguntar por mí?

—Sí, vuestra madre; os lo he dicho antes.

—Pero... además de ella...

—No, nadie.

El enfermo escondió la cabeza entre las sábanas y la hermana le oyó sollozar.

—No hay que llorar, ¡pobrecito!—murmuró la hermana.

El se encontraba en una de esas situaciones en que

Caza de patos



1.—Al extremo del cordelito se ata una bellota,



2.—y, como el pato digiere en pocos minutos,

el dolor necesita un confidente, y con voz débil dijo:

—Sois muy buena para conmigo y me aliviará confiaros mis penas. Mi madre no lo sabe, cree que mi herida es un accidente casual, y ¡no es verdad! Yo he querido matarme...

La hermana le interrumpió diciendo:

—Sí, lo sabe.

—¡Pobre anciana!—continuó el—. Le he causado un dolor bien grande y no es por mi culpa. ¡Soy tan desgraciado! ¡Cuando esa mujer me ha dejado creí imposible la vida para mí... ¡La amaba tanto!... Habría hecho de mí lo que hubiese querido... y ¿veis?... Sabe que estoy enfermo y ni aun viene á verme. Cuando yo miraba, cada vez que se abría la puerta, la esperaba; ahora estoy seguro de que no vendrá y lo prefiero; no pensaré más en ella; es indigna de ser amada y no le amo.

Pero las lágrimas que corrían por sus mejillas desmentían sus palabras.

Después añadió:

—Hermana: ¿es cierto que querer matarse es un pecado muy grande?

—Sí, muy grande; el más grande.

—Sin embargo, cuando se es muy desgraciado;... pero vos no comprendéis esto.

La hermana bajó la cabeza, cruzó las manos y con voz temblorosa contestó:

—Callad, callad, no os fatigúeis.

A las dos de la madrugada siguiente el enfermo empeoró.

Presa de violenta agitación escapaban de su boca palabras incoherentes.

La hermana cogió entre sus manos una del enfermo y este contacto pareció calmarlo.

—¡Ah!—dijo—¿estás aquí? Otra vez vendré más temprano; he ido muy lejos para buscarte flores. ¿No son bonitas? El domingo, si quieres, iremos á almorzar al campo; á la noche nos acostaremos temprano, tendremos toda la noche para amarnos. ¡Si supieras cuánto te amo! Adoro tus ojos, tus cabellos, tu carne toda...

Y esto lo decía con voz suplicante, como una plegaria apasionada.

La enfermera cogió una luz y examinó al enfermo.

Estaba pálido, con la mirada extraviada y los labios secos; caían sobre su frente los cabellos empapados en sudor y su respiración era precipitada y violenta.

Bien conocía la hermana las señales de agonía que se dibujaban en aquel semblante, en las que se reflejaba el anhelo del alma que quisiera en un segundo rehacer toda su vida, alegrías, pesares y tormentos.

A media voz, para no turbar el reposo de los demás enfermos, dijo ella:

—Pronto, pronto, llamad al interno y al capellán, el número 6 se muere.

El agonizante había cogido entre las suyas las manos de la hermana y la atraía hacia sí, diciendo:

—No te vayas. Te daré cuanto quieras, pero no me dejes. ¡Si me abandonas moriré!

E incorporándose con un esfuerzo supremo repetía:

—Ven... ven... ¡yo te adoro!

Y atrayéndola con amor infinito estampó en la boca de la religiosa uno de esos besos largos, infinitos, que parecen engendrados por cuanto amor puede condensar el alma humana.

Y al calor de aquella caricia los labios de la monja temblaron... ¿como una plegaria ó como un estremecimiento de amor?

Quizás surgía poderoso el recuerdo de aquel amor que la había llevado á buscar consuelo consolando á los demás y hacía palpar sus carnes de virgen el calor de aquel beso enviado á una hija del arroyo.

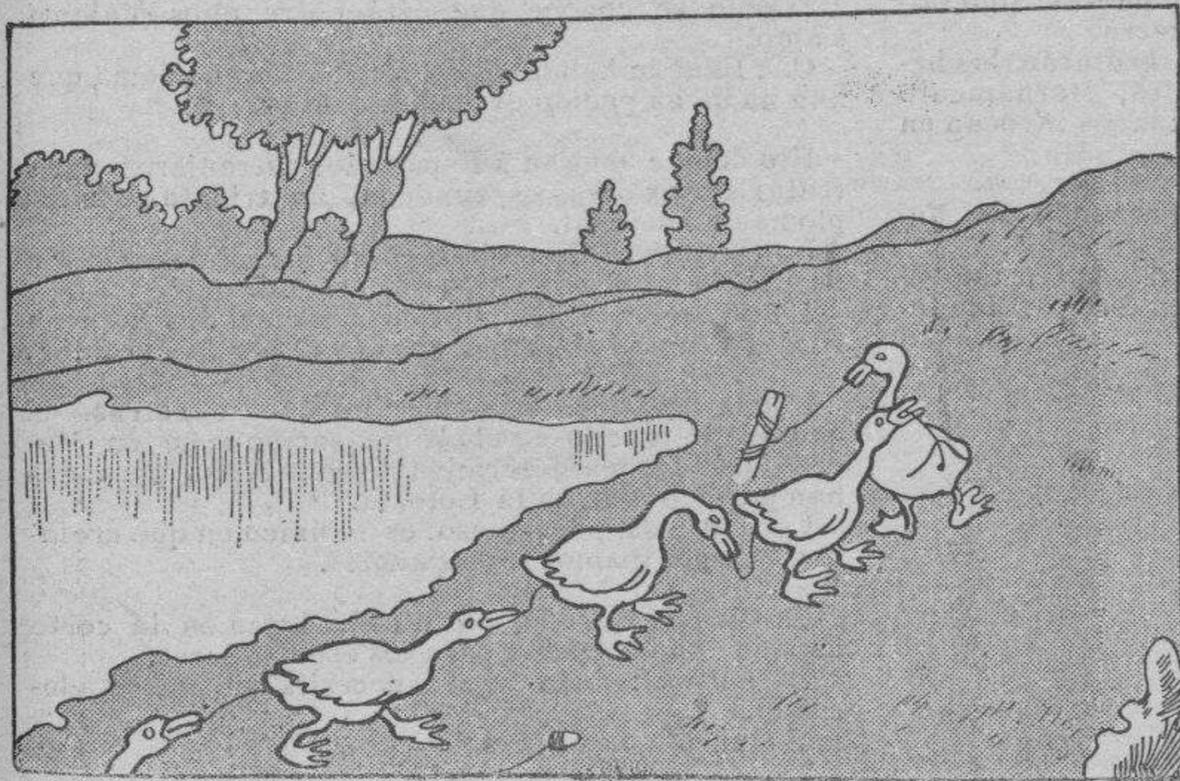
MAURICIO LEVEL.

¡AGUA VA!

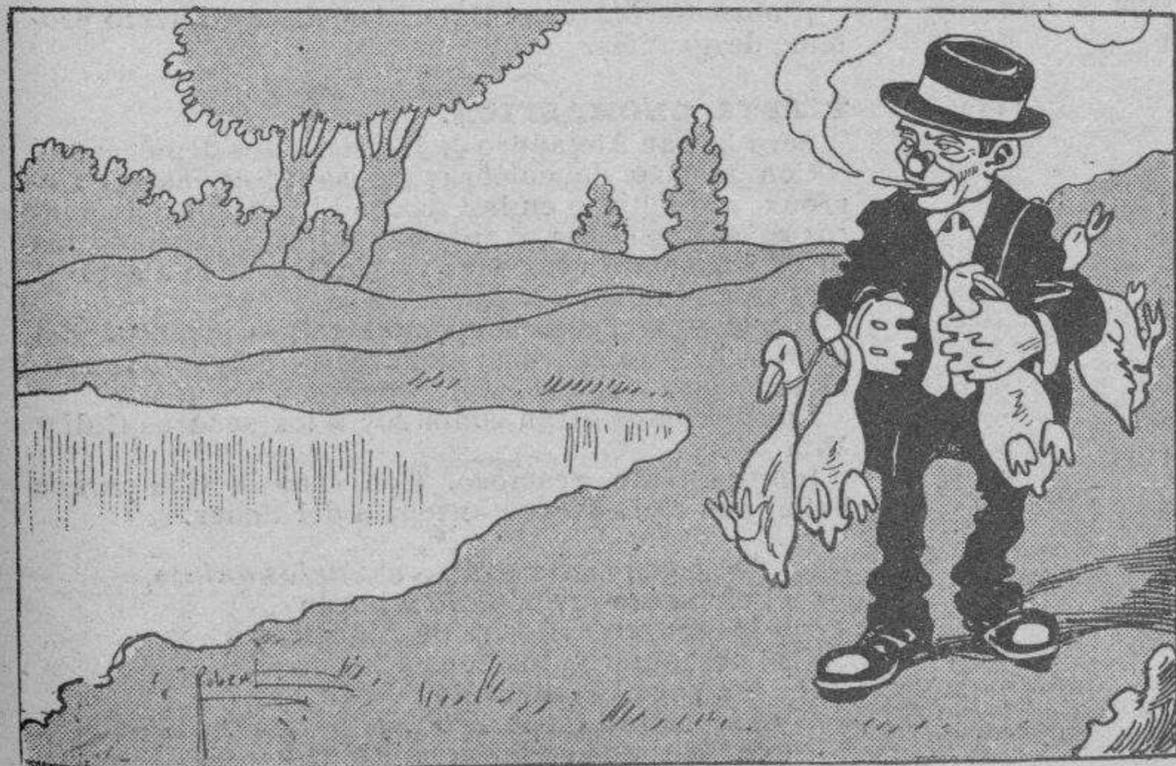
Segun dicen, el Gobierno piensa proteger ampliamente la agricultura.

Hasta ahora sus especiales cuidados han sido para

Caza de patos



3.—á la media hora



4.—se ha hecho un negocio redondo.

las hortalizas y las cucurbitáceas.

No hay más que leer la lista de los altos funcionarios, y advierte uno en seguida esa verdad innegable.

Hoy puede suceder que el Gobierno, satisfecho de las cucurbitáceas, extienda sus beneficios á otras familias. ¡Con tal que no sean tan dilatadas como la de Montero!

Como complemento á la Asamblea de Zaragoza hay quien proyecta celebrar una Junta magna de ex-concejales.

Sería un curiosísimo espectáculo. Sobre todo si presidían Mir y Miró ó Moles.

Ya que la República no viene, demos al pueblo motivo para que se ría un poco.

Estamos en plena época de pequeños prodigios.

Casi al mismo tiempo que Micio y la Beltramo se revelan los minúsculos oradores municipales.

¡Pinilla es un dios! Y aquel Esteva, ¡qué gran filósofo!

El Municipio parece una Convencion donde los empedrados, los sistemas inodoros, los árboles y las alcantarillas se revisten de ese matiz poético que tenían los grandes ideales de Pitt y las aspiraciones de la Revolucion francesa.

Hay algo en el corazon de esos hombres. Solo falta que alguien lance el grito de guerra.

Y entonces de las alcantarillas brotarán los héroes y del seno del Consistorio saldrá, eternamente victoriosa, la justicia que los ciudadanos invocan en las urnas electorales.

Las autoridades han ordenado la recogida de *María Magdalena, cortesana y amiga de Jesús*.

Y ¿qué van á hacer con esta señora? Al término de diez y nueve siglos la pobre debe haber perdido todos sus encantos.

Corren por los escenarios rumores extraordinarios, y hemos oído el *run-run* de que ahora hay pendiente un desafío entre empresarios.

Pepe Gil y Bruno Güell, con brío y saña cruel, se han dicho cosazas mil... ¡Han armado una Babel Bruno Güell y Pepe Gil!

Esta disputa maldita, según se asegura, arranca de que su ambicion incita en Madrid una *gatita*: la obra *La gatita blanca*.

Y ahora ustedes supondrán, que esa obra que á buscar van es una obra extraordinaria, una joya literaria... ¡Pues aviados están!

Esa obra de sensacion que ha vuelto el juicio al revés, que ha dejado sin razon á Güell y á Gil, esa... es ¡original de Jackson!

El cual ha hecho *La gatita* para ver si gana *guita*, continuando el derrotero chabacanote y grosero de *El arte de ser bonita*.

¡Van á hacer extraordinarios progresos los escenarios en arte y literatura, si es el poder que perdura el de ese par de empresarios!

Verdad que habrá concluído si el público, decidido, rechaza las groserías, memadas y tonterías que de Madrid han traído.

Pues si el público se arranca el fracaso nadie evita,

la derrota será franca: se quedarán sin *gatita* y se quedarán sin *blanca*.

No por mucho madrugar amanece más temprano...

Los republicanos del *trust* tenían ya designados hasta los más modestos cargos de cuantos de Consumos dependían.

Pero no contaban con la huésped.

Y la huésped fué la candidatura formada por los catalanistas y los republicanos *no trustistas*, que salió triunfante.

¡Qué desengaño para los que ya contaban con el momio!

A los que por ese azar se quedan sin beneficios, los que iban á colar los deben indemnizar por daños y perjuicios.

Y si estarán desgraciados los *trustistas* que ni la *combina* de la última sesion les valió de nada.

Querían ver si conseguían que desistieran los elegidos; pero ellos les dijeron que perdonaran por Dios.

¡Y es que son muy hábiles los del *trust*!

¡Cómo se conoce que está entre ellos Valentí Camp!

Que tiene la habilidad de escribir en un idioma que aún nadie ha podido descubrir cuál es.

Eso de que vengan á España los extranjeros para tratar de sus cosas es, sin duda, un triunfo de la diplomacia nacional.

Lo terrible hubiera sido presenciar el reparto de Africa sin un previo aviso de cortesía.

Entonces hasta los diarios ministeriales habrían chillado contra el gallo francés y el águila germana.

Por la emocion de un chiquillo que se retrasó en cantar un premio en el último sorteo hubo en Madrid un escándalo formidable y muchas personas han perdido la fe en la Lotería.

Lo sentimos; porque eso es lo único en que creíamos y esperábamos los españoles.

La Cleo de Merode, que ahora danza en la corte ha sido una decepcion para los espectadores.

Es natural: cada figura necesita su marco adecuado.

Y Madrid no es París.

En Sevilla, en la exposicion pública del cadáver del arzobispo, riñeron tres mujeres por disputar acerca de la virtud del cardenal, y una de ellas salió herida.

¡Pobre don Marcelo! Hasta despues de muerto produce desgracias.

FIESTA ONOMÁSTICA.

Será la San Alejandro de los perfectos demócratas.

Con motivo de celebrar su santo el insigne Lerroux, se reunirán en la Casa del Pueblo los elementos revolucionarios, y ante el capitan general de los grupos desfilarán los jefes y oficiales de la electoral mesnada (ó manada).

Por la noche, y en el mismo local, la juventud del partido bailará czardas, mazurcas y polonesas revolucionarias.

Los discursos están confiados á los señores Galí y Vila.

Infinitamente gracioso. Con esto la vida parece bella, aun en la eterna ausencia del Poder.

De juerguecita estuvo el *Carlos quinto*, el elemento joven bailó á bordo y los *conferenciantes* de Algeciras se obsequiaron los unos á los otros.

Ya por allí la mar de dias llevan y ese asunto escabroso

que les encomendaron continúa igual que el primer dia: hecho un embrollo.

Hasta ahora todo son preparativos,

obsequios y banquetes fastuosos; mas no hacen nada y tan tranquilos siguen dándose pisto y tono.

Y pasan dias, pasarán semanas y gastarán dinero y... ¡qué demonio! al fin lo que ellos gasten y derrochen lo pagamos nosotros...

¡Prodigiosa memoria la del brave Bivonal De vuelta á Barcelona, nos refirió la historia, precisó la hora y dia de su gran cacería, y, recordando proezas de Nemrod fabuloso, enumeró las piezas, los conejos, perdices y algun oso cobrados en la fiesta. Y ahora solo resta que yo su valor tache... porque este cazador maravilloso no mató ni un *apache*.

Rotundamente niega el duque la version que le presentó como admirador de la Cleo de Merode. Puede ser que le guste menos que la *Chelito*.

En el salon de sesiones del Congreso celebraron misteriosa conferencia el general Luque y Lerroix. Ya sé de qué hablaron. El ministro debió proponer á nuestro Gaponi el desarme de los grupos. O cuando menos que los grupos adopten el fusil de chispa.

AL CHEQUE-FELICITACION
Al seis del-Salud-Alegría-Aguilar
AL ROMPE-CABEZAS



A LA CHARADA EN ACCION
Adamascado

A LOS CANTARES ENIGMÁTICOS
Elena. — Susana. — Tomás-Tomasa

A LAS CHARADAS
Hamaca. — Horchata

Han remitido soluciones.— Al rompecabezas con premio de libros: Josefa Caldés, Agustina Rius Vidal, Julia Casanovas, Elvira Pi, Maria Garcia, José Quirana, José Garcia, Antonio Migue, Juan Enrich, Esteban Salomó, José Borrás, Beito Belen, Juan Carmany, Miguel Ferrer Dalmau, Juan Batet, José Franci, Antonio Agulló, Baudilio Vidal, Arturo Pons, F. Pineda Roca, José Bonafont, Antonio Torrente Mascarilla, José Grogués, Gaspar Agalló, Francisco Piccorelli, Luis Mestres Samora, Juan P. de Castro, «Una catalana de Cataluña» y Miguel Antoli. Entre ellos distribuiremos los cien cupones canjeables por libros.

Al cheque-felicitation: José Rafols Prat, Arturo Martin, José Fernandez, José Grogués y Arturo Cantó.

A la charada primera: Antonia Gallart, José Rafols Prat, José Pallarés, José Pascual, Vicente Gallen, José Franci, Miguel Ferrer Dalmau, Antonio Agulló, José Fernandez, Narciso Perbellini, José Bonafont, Washington Miguel, José Grogués, Emilio Palejá y Arturo Cantó.

A la segunda charada: Vicente Gallen y Arturo Martin.

A la charada en accion: José Rafols Prat, José Pallarés, José Pascual, Arturo Martin, Santiago Valls Pallejá, Miguel Ferrer Dalmau, Gasparillo, Antonio Agulló, José Fernandez, Arturo Pons, Narciso Perbellini, José Bonafont, José Grogués J. P. de Castro, Emilio Palejá y A. Cantó.

Al primer cantar enigmático: Antonia Gallart, José Rafols Prat, José Pallarés, José Pascual, Vicente Gallen, M. C. y R. (a) *Sucarrimat*, Arturo Martin, Santiago Valls Pallejá, José Franci, Miguel Ferrer Dalmau, Gasparillo, José Garcia, Antonio Agulló, José Fernandez, Arturo Pons, Narciso Perbellini, F. Pineda Roca, José Bonafont, Washington Miguel, Francisco Piccorelli, Arturo Cantó, Emilio Palejá, Juan P. de Castro y Miguel Antoli.

Al segundo cantar: Antonia Gallart, José Rafols Prat, José Pallarés, José Pascual, Vicente Gallen, M. C. y R. (a) *Sucarrimat*, Arturo Martin, Santiago Valls Pallejá, José Franci, Miguel Ferrer Dalmau, Gasparillo, José Garcia, Antonio Agulló, José Fernandez, Arturo Pons, Narciso Perbellini, F. Pineda Roca, José Bonafont, Washington Miguel, Francisco Piccorelli, Arturo Cantó, Emilio Palejá, Juan P. de Castro y Miguel Antoli.

Al tercer cantar: Antonia Gallart, José Rafols Prat, José Pallarés, José Pascual, Vicente Gallen, M. C. y R. (a) *Sucarrimat*, Arturo Martin, Santiago Valls Pallejá, José Franci, Miguel Ferrer Dalmau, Gasparillo, José Garcia, Antonio Agulló, José Fernandez, Arturo Pons, Narciso Perbellini, F. Pineda Roca, José Bonafont, Washington Miguel, Francisco Piccorelli, Arturo Cantó, Emilio Palejá, Juan P. de Castro y Miguel Antoli.



CHARADA

(De Miguel Ferrer Dalmau)

Es un río mi primera,
mi dos nota musical,
negacion es mi tercera,
y uno dos tres el total.

JEROGLÍFICO

(De Enrique Garcia Molina)



SOLUCIONES

(Correspondientes á los quebraderos de cabeza del 13 de Enero.)

AL ROMPE-CABEZAS CON PREMIO DE LIBROS

La negra puede verse sentada, á la derecha del dibujo, debajo de la palmera que aparece en primer término, é invirtiendo el grabado se verá el consorte de la negrita entre el rastrillo y el negro que se halla de pie.

LICOR DEL POLO

Con el uso diario de tan excelente dentifrico jamás se sufren dolores de muelas, caries dentarias y en general ninguna enfermedad de la boca. Por esto los que practiquen la Higiene dentaria con el Licor del Polo ahorran mucho tiempo y mucho dinero en operaciones bucales.

GRASA SUPERIOR para CARROS

MARCA

EL PROGRESO



es necesario tener
muchísimos espolones.

—Para llegar hasta hacer
ciertas manifestaciones

EN GUARDIA